

lo que llamaba la paciencia, y una vez en el terreno de la fuerza el artillero vencía siempre; fuerte era como un roble Paula, pero Francisco había sido el más arrogante mozo de nuestro ejército, y tenía músculos de oso. Había nacido en lo más alto de la montaña y hasta los veinte años había servido en los Puertos, cuidando ganado. Cuando la pobreza llamó á las puertas, y Paula se decidió á dejar su comercio, De Pas decretó dedicar los pocos cuartos que sacaron libres á la industria ganadera. Tomó vacas en parcería y se fué con su mujer y su hijo á su pueblo, á vivir del pastoreo, en los más empinados vericuetos. Allí pasó la niñez y llegó á la adolescencia Fermín, á quien su madre había deseado hacer clérigo.—«Pastor y vaquero ha de ser, como su abuelo y como su padre,» gritaba el licenciado cada vez que la madre hablaba de mandar al niño á aprender latín con el cura de Matalerejo. El comercio de ganado no fué mejor que el de vino. Á Francisco se le ocurrió que él había sido siempre un gran tirador; se consagró á la caza y perseguía corzas, jabalíes, y hasta con el oso, las pocas veces que se le presentaba, se atrevía. Una tarde de invierno vió Paula llegar á la aldea cuatro hombres que conducían á hombros el cuerpo destrozado de su marido en unas angarillas improvisadas con ramas de roble. Había caído de lo alto de una peña abrazado á la osa mal herida que perseguían los vaqueros hacía una semana. Murió con gloria el artillero, pero su viuda se encontró abrumada de trampas, de deudas y para sarcasmo de la suerte, dueña de créditos sin fin que no se cobrarían jamás. Volvió á Matalerejo, después de perder por embargo cuanto tenía. Llevaba aquellos papeles inútiles y el hijo que había de ser clérigo. Era Fermín ya un mozalbete como un castillo; sus 15 años parecían veinte; pero Paula hacía de él cuanto quería, le maneja mejor que á su padre. Le hizo estudiar latín

con el cura, el mismo que había dado la dote perdida por el difunto. Había que adelantar tiempo y Fermín lo adelantó; estudiaba por cuatro y trabajaba en los quehaceres domésticos de la Rectoral; cuidaba la



huerta además y así ganaba comida y enseñanza. Iba á dormir á la cabaña de su madre, que á la boca de una mina había levantado cuatro tablas, para instalar una taberna. Los gastos del nuevo comercio, que no subieron á mucho, corrieron aún por cuenta del párroco, quien hizo el desinteresado más por caridad que por miedo. Ya no temía lo que pudiera decir Paula, ni ella creía tampoco en la fuerza del arma con que en un tiempo había amenazado terrible, cruel y fría.

La taberna prosperaba. Los mineros la encontraban al salir á la claridad y allí, sin dar otro paso, apagaban la sed y el hambre, y la pasión del juego que dominaba á casi todos. Detrás de unas tablas, que dejaban pasar las blasfemias y el ruido del dinero, estudiaba en las noches de invierno interminables el *hijo del cura*, como le llamaban cínicamente los obreros, delante de

su madre, no en presencia de Fermín, que había probado á muchos que el estudio no le había debilitado los brazos. El espectáculo de la ignorancia, del vicio y del embrutecimiento le repugnaban hasta darle náuseas y se arrojaba con fervor en la sincera piedad, y



devoraba los libros y ansiaba lo mismo que para él quería su madre: el seminario, la sotana, que era la toga del hombre libre, la que le podría arrancar de la esclavitud á que se vería condenado con todos aquellos miserables si no le llevaban sus esfuerzos á otra vida mejor, una digna del vuelo de su ambición y de los instintos que despertaban en su espíritu. Paula padeció mucho en esta época; la ganancia era segura y muy superior á lo que pudieran pensar los que no la veían á ella explotar los brutales apetitos, ciegos y nada escogidos de aquella turba de las minas; pero su oficio tenía los peligros del domador de fieras; todos los días, todas las noches había en la taberna pendencias, bri-

llaban las navajas, volaban por el aire los bancos. La energía de Paula se ejercitaba en calmar aquel oleaje de pasiones brutales, y con más ahínco en obligar al que rompía algo á pagarlo y á buen precio. También ponía en la cuenta, á su modo, el perjuicio del escándalo. Á veces quería Fermín ayudarla, intervenir con sus puños en las escenas trágicas de la taberna, pero su madre se lo prohibía:

—Tú á estudiar, tú vas á ser cura y no debes ver sangre. Si te ven entre estos ladrones, creerán que eres uno de ellos.

Fermín, por respeto y por asco obedecía, y cuando el estrépito era horrisono, tapaba los oídos y procuraba enfrascarse en el trabajo hasta olvidar lo que pasaba detrás de aquellas tablas, en la taberna. Algo más que las reyertas entre los parroquianos ocultaba Paula á su hijo. Aunque ya no era joven, su cuerpo fuerte, su piel tersa y blanca, sus brazos fornidos, sus caderas exuberantes excitaban la lujuria de aquellos miserables que vivían en tinieblas. «*La Muerta* es buen bocado, se decía en las minas.» La llamaban la Muerta por su blancura pálida; y creyendo fácil aquella conquista, muchos borrachos se arrojaban sobre ella como sobre una presa; pero Paula los recibía á puñadas, á patadas, á palos; más de un vaso rompió en la cabeza de una fiera de las cuevas y tuvo el valor de cobrarse. Estos ataques de la lujuria animal solían ser á las altas horas de la noche, cuando el enamorado salvaje se eternizaba sobre su banco, para esperar la soledad. Fermín estudiaba ó dormía. Paula cerraba la puerta de la calle, porque la autoridad le obligaba á ello. No despedía al borracho, aunque conocía su propósito, porque mientras estaba allí hacía consumo, suprema aspiración de Paula. Y entonces empezaba la lucha. Ella se defendía en silencio. Aunque él gritase, Fermín no acudía; pensaba que era una riña entre mineros.

Además, le temían unos por fuerte, otros por hijo, y procuraban vencer sin que él se enterase. Pero nunca vencían. Á lo sumo un abrazo furtivo, un beso como un rasguño. Nada. Paula despreciaba aquella baba. Más asco le daba barrer las inmundicias que dejaban allí aquellos osos de la cueva.

Todo por su hijo; por ganar para pagarle la carrera; lo quería teólogo, nada de misa y olla. Allí estaba ella para barrer hacia la calle aquel lodo que entraba todos los días por la puerta de la taberna; á ella la manchaba, pero á él no; él allá dentro con Dios y los santos, bebiendo en los libros la ciencia que le había de hacer señor; y su madre allí fuera, manejando inmundicia entre la que iba recogiendo ochavo á ochavo el porvenir de su hijo; el de ella, también, pues estaba segura de que llegaría á ser una señora. Allá en la Montaña, en cuanto Fermín había aprendido á leer y escribir, le había obligado á enseñarle á ella su ciencia. Leía y escribía. En la taberna, entre tantas blasfemias, entre los aullidos de borrachos y jugadores, ella devoraba libros, que pedía al cura.

Más de una vez la guardia civil tuvo que visitarla y cada poco tiempo iba á la cabeza del partido á declarar en causa por lesiones ó hurto.

El cura, Fermín, y hasta los guardias, que estimaban su honradez, la habían aconsejado en muchas ocasiones que dejase aquel tráfico repugnante; ¿no la aburría pasar la vida entre borrachos y jugadores que se convertían tan á menudo en asesinos?

«¡No, no, y no!» Que la dejaran á ella. Estaba haciendo bolsón, sin que nadie lo sospechase... En cualquier otra industria que emprendiese, con sus pocos recursos, no podría ganar la décima parte de lo que iba ganando allí. Los mineros salían de la oscuridad con el bolsillo repleto, la sed y el hambre excitadas; pagaban bien, derrochaban y comían y bebían veneno

barato en calidad de vino y manjares buenos y caros. En la taberna de Paula todo era falsificado; ella compraba lo peor de lo peor y los borrachos lo comían y bebían sin saber lo que tragaban, y los jugadores sin mirarlo siquiera, fija el alma en los naipes.

El consumo era mucho, la ganancia en cada artículo considerable. Por eso no había prendido ya fuego á la taberna con todos *los ladrones* dentro.

No dejó el tráfico hasta que los estudios y la edad de Fermín lo exigieron. Hubo que dejar el país y por recomendaciones del párroco de Matalerejo, Paula fué á servir de ama de llaves al cura de La Virgen del Camino, á una legua de León, en un páramo. Fermín, también por influencia de Matalerejo (el cura), y del párroco de la Virgen del Camino, entró en San Marcos de León en el colegio de los Jesuitas, que pocos años antes se habían instalado en las orillas del Bernesga. El muchacho resistió todas las pruebas á que los PP. le sometieron; demostró bien pronto gran talento, sagacidad, vocación y el P. Rector llegó á decir que aquel chico había nacido jesuita. Paula callaba, pero estaba resuelta á sacar de allí á su hijo en tiempo oportuno, cuando ella pudiera asegurarle un porvenir fuera de aquella santa casa. No le quería jesuita. Le quería canónigo, obispo, quién sabe cuántas cosas más. Él hablaba de misiones en el Oriente, de tribus, de los mártires del Japón, de imitar su ejemplo; leía á su madre, con los ojos brillantes de entusiasmo, los periódicos que hablaban de los peligros del P. Sevillano, de la Compañía, allá en tierra de salvajes. Paula sonreía y callaba. ¡Bueno estaría que después de tantos sacrificios el hijo se le convirtiera en mártir! Nada, nada de locuras; ni siquiera la locura de la cruz. En el Santuario de la Virgen del Camino se maneja mucha plata el día que se abre el tesoro de la Virgen, en presencia de la Autoridad civil; pero el cura es pobre.

Paula veía pasar por sus manos los duros y las pesetas, pero aquello era como agua del mar para el sediento; no sacaba nada en limpio de revolver trigo y plata de la Milagrosa Imagen. Su fama de perfecta ama de cura corrió por toda la provincia; el párroco de la Virgen tenía la imprudencia de alabar su talento culinario, su despacho, su integridad, su pulcritud, su piedad y demás cualidades delante de otros clérigos, á la mesa, después de comer bien y beber mejor. Cundió la fama de Paula, y un canónigo de Astorga se la arrebató al cura de la Virgen. Fué una traición y Paula una ingrata. Sin embargo, el canónigo era un santo, la traición no había sido suya. Don Fortunato Camoirán no era capaz de traiciones. Le propusieron un ama de llaves y la aceptó, sin sospechar que á los pocos meses sería él su esclavo.

Nada convenía á Paula como un amo santo. Al año de servir al canónigo Camoirán se vanagloriaba de haberle salvado varias veces de la bancarrota: sin ella hubiera tirado la casa por la ventana: todo hubiera sido de los pobres y de los tunantes y holgazanes que le saqueaban con la ganzúa de la caridad. Paula puso en orden todo aquello. Camoirán se lo agradeció y siguió dando limosna á hurtadillas, pero poca; lo que podía sisar al ama. Era el canónigo incapaz de gobernarse en las necesidades premiosas de la vida, no entendía palabra de los intereses del mundo, y al poco tiempo llegó á comprender que Paula era sus ojos, sus manos, sus oídos, hasta su sentido común. Sin Paula acaso, acaso le hubieran llevado á un hospital por loco y pobre.

Aquel imperio fué el más tiránico que ejerció en su vida el ama de llaves. Lo aprovechó para la carrera de Fermín: el canónigo comprendió que debía mirar al estudiante como á cosa suya; si Paula le consagraba la vida á él, él debía consagrar sus cuidados y su dinero

y su influencia al hijo de Paula. Además, el mozo le enamoraba también; era tan discreto, tan sagaz como su madre y más amable, más suave en el trato. Pero había que sacarle de San Marcos; lo aseguraba Paula, el mozo lo deseaba, y sobre todo la salud quebrantada del aprendiz de jesuíta lo exigía. Se le sacó y entró en el Seminario, á terminar la teología. Fué presbítero, y obtuvo un economato de los buenos, y fué llamado á predicar en San Isidro de León, y en Astorga, y en Villafranca y donde quiera que el canónigo Camoirán, famoso ya por su piedad, tenía influencia. Cuando á Fortunato le ofrecieron el obispado de Vetusta, él vaciló, mejor dicho, se propuso pedir de rodillas que le dejaran en paz: pero Paula le amenazó con abandonarle. «Eso era absurdo!» Solo ya no podría vivir. «No por Vd., señor, por el chico es necesario aceptar.»— «Acaso tenía razón.» Camoirán aceptó por el chico... y fueron todos á Vetusta. Pero allí se le buscó al Obispo una ama de llaves y Paula siguió ejerciendo desde su casa sus funciones de suprema inspección. Fermín fué medrando, medrando; el muchacho valía, pero más valía su madre. Ella le había hecho hombre, es decir, cura; ella le había hecho niño mimado de un obispo, ella le había empujado para llegar á donde había subido, y ella ganaba lo que ganaba, podía lo que podía... ¡y él era un ingrato!

Á esta conclusión llegaba el Magistral aquella noche, en que, después de larga conversación con su madre, se encerró en su despacho á repasar en la memoria todo lo que él sabía de los sacrificios que aquella mujer fuerte había emprendido y realizado por él, porque él subiera, porque dominase y ganara riquezas y honores.

«— Sí, era un ingrato! un ingrato!» y el amor filial le arrancaba dos lágrimas de fuego que enjugaba, sorprendido de sentir humedad en aquellas fuentes secas por tantos años.

«Cómo lloraba él? Cosa más rara! Sería el alcohol la causa de aquel llanto? Acaso. ¿Sería... lo que había sucedido aquel día? Tal vez todo mezclado. Oh, pero también, también el amor que él tenía á su madre era cosa tierna, grande, digna, que le elevaba á sus propios ojos.»

Abrió el balcón del despacho de par en par. Ya había salido la luna, que parecía ir rodando sobre el tejado de enfrente. La calle estaba desierta, la noche fresca; se respiraba bien; los rayos pálidos de la luna y los soplos suaves del aire le parecieron caricias. «¡Qué cosas tan nuevas, ó mejor tan antiguas, tan antiguas y tan olvidadas estaba sintiendo! Oh, para él no era nuevo, no, sentir oprimido el pecho al mirar la luna, al escuchar los silencios de la noche; así había él empezado á ponerse enfermucho, allá en los Jesuitas: pero entonces sus anhelos eran vagos, y ahora no; ahora anhelaba... tampoco se atrevía á pedir claridad y precisión á sus deseos.. Pero ya no eran tristezas místicas, ansiedades de filósofo atado á un teólogo lo que le angustiaba y producía aquel dulce dolor que parecía una perezosa dilatación de las fibras más hondas...» La sonrisa de la Regenta se le presentó unida á la boca, á las mejillas, á los ojos que la dieran vida... y recordó una á una todas las veces que le había sonreído. En los libros aquello se llamaba estar enamorado platónicamente; pero él no creía en palabras. No; estaba seguro que aquello no era amor. El mundo entero, y su madre con todo el mundo, pensaban groseramente al calificar de pecaminosa aquella amistad inocente. ¡Si sabría él lo que era bueno y lo que era malo! Su madre le quería mucho, á ella se lo debía todo, ya se sabe, pero... no sabía ella sentir con suavidad, no entendía de afectos finos, sublimes... había que perdonarla. Sí, pero él necesitaba amor más blando que el de doña Paula... más íntimo, de más

fácil comunión por razón de la edad, de la educación, de los gustos... Él, aunque viviera con su madre querida, no tenía hogar, hogar suyo, y eso debía ser la dicha suprema de las almas serias, de las almas que pretendían merecer el nombre de grandes. Le faltaba compañía en el mundo; era indudable.»

De una casa de la misma calle, por un balcón abierto, salían las notas dulces, lánguidas, perezosas de un violin que tocaban manos expertas. Se trataba de motivos del tercer acto del *Fausto*. El Magistral no conocía la música, no podía asociarla á las escenas á que correspondía, pero comprendía que se hablaba de amor. El oír con deleite, como oía, aquella música insinuante, ya era molicie, ya era placer sensual, peligroso; pero... ¡decía tan bien aquel violin las cosas raras que estaba sintiendo él!

De repente se acordó de sus treinta y cinco años, de la vida estéril que había tenido, fecunda sólo en sobresaltos y remordimientos, cada vez menos punzantes, pero más soporíferos para el espíritu. Se tuvo una lástima tiernísima; y mientras el violin gemía diciendo á su modo:

Al palido chiaror
che vien degli astri d' or
dami ancor contemplar il tuo viso...

el Magistral lloraba para dentro, mirando á la luna á través de unas telarañas de hilos de lágrimas que le inundaban los ojos... Mirábala ni más ni menos como decía Trifón Cármenes en *El Lábaro* que la contemplaba él, todos los jueves y domingos, los días de folletín literario.

«¡Medrados estamos!» pensó don Fermín al dar en idea tan extravagante. Y entonces volvió á ocurrírsele que en aquel sentimentalismo de última hora debía

de tener gran parte la copa de cognac, ó lo que fuese.

Abajo era día de cuentas. Muy á menudo se las tomaba doña Paula al buen Froilán Zapico, el propietario de *La Cruz Roja* ante el público y el derecho mercantil. Froilán era un esclavo blanco de doña Paula, á ella se lo debía todo, hasta el no haber ido á presidio; le tenía agarrado, como ella decía, por todas partes y por eso le dejaba figurar como dueño del comercio, sin miedo de una traición. Le llamaba de tú y muchas veces animal y pillastre. Él sonreía, fumaba su pipa, siempre pegada á la boca, y decía con una calma de filósofo cínico: «Cosas del ama.» Vestía de levita, y hasta usaba guantes negros en las procesiones. Tenía que parecer un señor para dar aire de verosimilitud á su propiedad de *La Cruz Roja*, el comercio más próspero de Vetusta, el único en su género, desde que el mísero don Santos Barinaga se había ido arruinando.

Doña Paula había casado á Froilán con una criada de las que ella tomaba en la aldea, una de las que habían precedido á Teresa en sus funciones de doncella cerca del señorito. Había dormido como Teresa ahora, á cuatro pasos del Magistral.

Este matrimonio era una recompensa para Juana, la mujer de Froilán. Zapico oyó la proposición de su ama con aire socarrón. Creía comprender. Pero él era muy filósofo: no se paraba en ciertos requisitos que otros miran mucho. El ama, al proponerle el matrimonio, había pensado: «Esto es algo fuerte; pero ¡ay de él si se subleva!» Froilán no se sublevó. Juana era muy buena moza, y sabía cuidar á un hombre. Se casó Zapico, y al día siguiente de la boda, doña Paula, que le miraba de soslayo, con un gesto de desconfianza, tal vez algo arrepentida «de haber estirado mucho la cuerda» observó que el novio estaba muy contento,

muy amable con ella, y hecho un almíbar con su mujer.

«Gordas las tragas, Froilán, eres un valiente,» pensaba ella admirándole y despreciándole al mismo tiempo.

Y él parecía con más socarronería que nunca.

«Buen chasco se había llevado la señora; si ella supiera...» pensaba él fumando su pipa. Pero es claro que jamás dijo á doña Paula el secreto de aquella noche en que hubo sorpresas muy diferentes de las que suponía la señora.

Era el único secreto que había entre ama y esclavo; la única mala pasada que ella le había querido jugar... Y como tampoco había tenido mal resultado, si no muy beneficioso para Zapico, éste seguía estimando á doña Paula. Ella, al verle tan contento, nada resentido, rabiaba por atreverse á preguntar; y él, muy satisfecho con el engaño del ama que había sido en su provecho, rabiaba por decir algo; pero los dos callaban. No había más que ciertas miradas mutuas que ambos sorprendían á veces. Se encontraban á menudo cavando cada cual con los ojos en el rostro del otro para encontrar el secreto... Pero nada de palabras. Doña Paula encogía los hombros y Froilán reía pasando la mano por las barbas de puerco-espín que tenía debajo del mentón afeitado.

Allí lo serio era el dinero. Las cuentas siempre ajustadas, limpias. Froilán era fiel por conveniencia y por miedo. En aquella casa el recuento de la moneda era un culto. Desde niño se había acostumbrado don Fermín á la seriedad religiosa con que se trataban los asuntos de dinero, y al respeto supersticioso con que se manejaba el oro y la plata. Allá abajo, en la trastienda de la Cruz Roja, á la que no se pasaba, desde la casa del Magistral por sótanos, como suponía la maledicencia, sino por ancha puerta abierta en el medianil,

en el piso terreno, doña Paula, subida á una plataforma, antes un pupitre verde, repasaba los libros del comercio y en serones de esparto y bolsas grasientas contaba y recontaba el oro, la plata y el cobre ó el bronce que Froilán iba entregándole, en pié, en una grada de la plataforma, más baja que la mesa en que el ama repasaba los libros. Parecía ella una sacerdotisa y él un acólito de aquel culto platónico. El mismo don Fermín, las veces que presenciaba aquellas ceremonias, sentía un vago respeto supersticioso, sobre todo si contemplaba el rostro de su madre, más pálido entonces, algo parecido á una estatua de marfil, la de una Minerva amarilla, la Pallas Atena de la Crusología.

Aquella noche el Magistral no quiso complacer á su madre bajando á la trastienda, le daba asco; imaginaba que abajo había un gran foco de podredumbre, aguas sucias estancadas. Oía vagos rumores lejanos del chocar de los cuartos viejos, de la plata y del oro, de cristalino timbre. Aquellos ruidos apagados por la distancia subían por el hueco de la escalera, en el silencio profundo de toda la casa. El violín volvió á rasgar el silencio de fuera con notas temblorosas, que parecían titilar como las estrellas. Ya no se trataba de las ansias amorosas de Fausto en la mirada casta y pura de Margarita; ahora el instrumentista arrastraba perezosamente por las cuerdas del violín los quejidos de la Traviata momentos antes de morir.

El Magistral vió aparecer por una esquina de la calle un bulto que se acercaba con paso vacilante, y que caminaba ya por la acera, ya por el arroyo. Era don Santos Barinaga, que volvía á su casa,—tres puertas más arriba de la del Magistral, en la acera de enfrente.—De Pas no le conoció hasta que le vió debajo de su balcón. Pero antes, al pasar junto á la casa donde sonaba el violín, Barinaga, que venía hablando solo,

se detuvo y calló. Se quitó el sombrero, que era verde, de figura de cono truncado, y alzando la cabeza escuchó con aire de inteligente. De vez en cuando hacía signos de aprobación... «Conocía aquello; era la *Traviata* ó el *Miserere del Trovador*, pero en fin cosa buena.»

«Perfecta...mente,» dijo en voz alta; que sea muy enhorabuena, Agustinito... eso... eso... el cultivo de las artes... nada de comercio... en esta tierra de ladrones. ¿Eh?...

«Es el hijo del cerero,» añadió mirando á un lado, hacia el suelo, como contándose á otro que estuviese junto á él y más bajo. El violín calló y don Santos dió media vuelta, como buscando las notas que se habían extinguido. Entonces vió frente por frente, iluminado por un farol, un rótulo de letras doradas que decía: «La Cruz Roja.»



Barinaga se cubrió, dió una palmada en la copa del sombrero verde y extendiendo un brazo, mientras se tambaleaba en mitad del arroyo, gritó:—¡Ladrones! —Sí señor, dijo en voz más baja, no retiro una sola palabra... ladrones; Vd. y su madre, señor Provisor... ladrones!

Barinaga hablaba con el letrero de la tienda, pero el Magistral sintió brasas en las mejillas, y antes que pudiera notar su presencia el vecino, se retiró del balcón y sin el menor ruido, poco á poco, entornó las vidrieras hasta no dejar más que un intersticio por donde ver y oír sin ser visto. Para mayor seguridad bajó la luz del quinqué y lo metió en la alcoba. Volvió

al balcón, á espiar las palabras y los movimientos de aquel borracho, á quien despreciaba todo el año y que aquella noche, sin que él supiera por qué, le asustaba y le irritaba. Otras veces, á la misma hora, le había sentido en la calle murmurar imprecaciones, mientras él velaba trabajando; pero nunca había querido levantarse para oír las necedades de aquel perdido. Bien sabía que les atribuía á él y á su madre la ruina del comercio de quincalla de que vivía; pero ¿quién hacía caso de un miserable, víctima del aguardiente?

Barinaga seguía diciendo:

—Sí, señor Provisor, es Vd. un ladrón, y un simoníaco, como le llama á Vd. el señor Foja,... que es un liberal... eso es, un liberal probado...

Y como «La Cruz Roja» no respondía, don Santos dirigiéndose á su propia sombra que se le iba subiendo á las barbas, según se acercaba á la puerta cerrada del comercio, tomándola por el mismísimo señor De Pas, le dijo:

—¡Señor oscurantista! ¡apaga luces!... Vd. ha arruinado á mi familia... Vd. me ha hecho á mi hereje... masón, si señor, ahora soy masón... por vengarme... por... ¡abajo la clerigalla!

Esto lo dijo bastante alto para que lo oyese el sereno que daba vuelta á la esquina. El borracho sintió en los ojos la claridad viva y desvergonzada de un ángulo de luz que brotaba de la linterna de Pepe, su buen amigo.

El sereno, aquel Pepe, conoció á don Santos y se acercó sin acelerar el paso.

—Buenas noches, amigo; tú eres un hombre honrado... y te aprecio... pero este carcunda, este comeostras, este *rapa-velas*, este maldito tirano de la Iglesia, este Provisor... es un ladrón, y lo sostengo... Toma un pitillo.

Tomó el pitillo Pepe, escondió la linterna, arrimó á la pared el chuzo y dijo con voz grave:

—Don Santos, ya es hora de acostarse; ¿quiere que abra la puerta?

—¿Qué puerta?

—La de su casa...

—Yo no tengo ya casa... yo soy un pordiosero... ¿no lo ves? ¿no ves qué pantalones, qué levita?... Y mi hija... es una mala pécora... también me la han robado los curas, pero no ha sido éste... Éste me ha robado la parroquia... me ha arruinado... y don Custodio me roba el amor de mi hija... Yo no tengo familia... yo no tengo hogar... ni tengo puchero á la lumbre... ¡Y dicen que bebo!... ¿qué he de hacer, Pepe?... Si no fuera por ti... por ti y por el aguardiente... ¿qué sería de este anciano?...

—Vamos, don Santos, vamos á casa...

—Te digo que no tengo casa... déjame... hoy tengo que hacer aquí... Vete, vete tú... Es un secreto... ellos creen... que no se sabe... pero yo lo sé... yo les espío... yo les oigo... Vete... no me preguntes... vete...

—Pero no hay que alborotar, don Santos; porque ya se han quejado de Vd. los vecinos... y yo... que quiere Vd...

—Sí, tú... es claro, como soy un pobre... Vete, déjame con esta ralea de bandidos,... ó te rompo el chuzo en la cabeza.

El sereno cantó la hora y siguió adelante.

Don Santos le convidaba á veces á *echar* una copa... ¿qué había de hacer? Además, no solía alborotar demasiado.

Quedó solo Barinaga en la calle, y el Magistral arriba, detrás de las vidrieras entreabiertas, sin perder de vista al que ya llamaba para sus adentros su víctima...

Don Santos volvió á su monólogo, interrumpido por entorpecimientos del estómago y por las dificultades de la lengua.

—¡Miserables!—decía con voz patética, de bajo pro-